

do por los que no deseaban servir á V. M. como yo, vino al campo y estorbó y rompió mis intentos, en que se habia procedido con tanta prosperidad, el tiempo que él estuvo allí no hice menor servicio á V. M. que en todo lo demás se había hecho, adobando algunas cosas que se intentaban y eran contrarias á las órdenes que yo tenia del Archiduque y á lo que convenia para la buena direccion de la guerra y sustento del ejército y de su reputacion.

»Y doce dias despues de partido el Cardenal, dexándome sin un real y con tan pocas municiones de guerra que no habia para una salva, y con dos ejércitos contra mí, uno de los holandeses y otro de los protestantes, que el menor dellos era de más infantería y caballería que el de V. M., confiando en Dios nuestro Señor y haciendo de mi parte lo que se podia, con gran trabajo y cuidado me entretuve contra los dos ejércitos enemigos y sustenté el de V. M. sin que recibiésemos ningun daño (1).

«Y cierto se maravillaria V. A. si supiese en particular las personas y por los medios tan extraños que procuran revolverme con el Cardenal y con todo el mundo, y apretarme para que alce la mano del servicio del Rey y de V. A. por acabar ellos más presto con todo.»—(6 de Junio de 1599.)

(1) Grandes amarguras y disgustos sufrió el Almirante durante el gobierno del Cardenal Andrea, por la inmensa responsabilidad que sobre él pesaba y las contrariedades que sufría. No es extraño, por tanto, que en 3 de Marzo de 1599 escribiera al Archiduque estas sentidas palabras:

«Yo he servido á V. A. en este ejército desde que V. A. me le encargó con los trabajos de cuerpo y de espíritu, y con los peligros y gastos y pesadumbres que V. A. puede considerar, sabiendo mejor que nadie el estado de las cosas y lo que con él se ha hecho, y la poca asistencia que he tenido para todo, y las grandes dificultades que se han ofrecido y ofrecen para conservarle, habiendo procurado con tanto estudio y cuidado los enemigos públicos y secretos de la Casa de Austria deshacerle, y asistíome con tanta remision los que habian de procurar lo contrario; y con todo esto, se halla en el estado que á V. A. he escrito y falto de las cosas que he pedido, haciendo diligencias para que las provean.» (Que el Cardenal quiere salir en campaña y que procure impedirlo.)

»Y en 30 de Agosto de 1599 rompió nuestra caballería 1.000 caballos de los holandeses y se cobró el fuerte de Rhymberck, que los protestantes habian tomado por traicion, y habiéndose puesto sobre Rees, socorrida la plaza dos veces, forcé á los protestantes á levantar el sitio con pérdida de mucha gente de su parte y de dos piezas de artillería, habiéndoles enclavado otras 11 y tomado algunas banderas y más de 400 prisioneros, que yo les restituí sin costas ni razon.

»Y acabada esta jornada, me hallé en la del Condado de Flandes el año de 1600, en que en presencia del Archiduque, á 2 de Julio por la mañana, con la vanguardia que iba á mi cargo, se degollaron 3.000 infantes del enemigo, que eran los regimientos de Zelanda y Escocia, y se rompieron 400 caballos que iban con ellos, y se tomaron 18 banderas y dos piezas de artillería; y en el rencuentro de la tarde, habiéndome puesto S. A. en el más peligroso lugar de la batalla, por mi parte, que era el cuerno derecho della, rompí el escuadron de los frisonos, que era el mayor y más fuerte del ejército contrario, degollando muchos dellos y echando del puesto á los demás, donde estuve hasta cerca de las seis de la tarde, que me desampararon los amotinados. Y teniendo aviso por dos caballos ligeros que todo nuestro ejército era roto, porque de donde yo estaba no lo podia ver, y que el Archiduque se hallaba en tan grande aprieto que no se podia salvar si yo no iba á socorrerle, fuí á buscarle con tres ó cuatro que habian quedado conmigo, y le hallé y le supliqué se salvase, y le ofrecí de perseverar yo en el campo hasta que me mataban, porque los hombres de mi calidad y de mi cargo no debian salvarse en las batallas, sino vencer ó perderse en ellas. Y con esto fuí á recoger alguna gente, y con 200 caballos, obedientes y amotinados, de todas naciones que pude juntar, me puse á la parte de la campaña, en puesto que la caballería podia pelear para entretener al enemigo y dar tiempo al Archiduque para que se salvase. Y desta manera estuve cerca de dos horas, hasta la puesta del sol,

donde pasaron algunas cosas que remito á la relacion de otros, porque seria largo referirlas yo á V. M.; y viendo el enemigo que no quedaba otra cosa en pié del ejército sino mis tropas, que eran cuatro (compañías) de á 50 caballos cada una, me cargó con toda su caballería é infantería, y acometiéndome con una tropa, mandé cerrar con ella la mejor de las mias, y rehusando de hacerlo, fué necesario que lo hiciese yo, confiando que me seguirian y socorrerian los demás, conforme á la órden que les habia dado y todos prometido de guardar; y no lo hicieron más que un capitán italiano y D. Pedro de Mendoza, mi sobrino, que se perdieron conmigo, habiéndome muerto el caballo entre las piernas y dádome algunos arcabuzazos y cuchilladas en las armas, de que fué nuestro Señor servido no sacase más que un piquete en el rostro, y cayendo, me conocieron dos soldados españoles que servian al enemigo (1). Y otro día, degollando la gente del Conde Mauricio

(1) Terrible fué la derrota que en la batalla de las Dunas sufrió nuestro ejército. De ella se prevalieron los émulos del Almirante para juzgarle severísimamente; pero más que su testimonio, enconado y parcial, vale el del mismo Archiduque, testigo de mayor excepción, el cual escribía en 17 de Agosto de 1600 al Duque de Lerma, sobre nombrar sucesor al Almirante, que estaba prisionero de los holandeses:

«No puedo dejar de decir á V. S. que me parece que no seria razon que se proveyese el cargo antes de hacerse merced al Almirante, de manera que no parezca al mundo que no hizo lo que debia en esta ocasion pasada, habiéndolo hecho muy honradamente; porque aunque es verdad que la caballería no lo hizo, fué sin culpa suya, y dejándole á él solo, como se perdió, habiendo sucedido lo mismo á capitanes de caballos que han quedado mal heridos, desamparándoles sus soldados, y piensan que no por eso dejan de merecer se les haga merced. Así que si S. M. se resuelve de proveer el cargo en otra persona, me parece que hay obligacion de que se haga primero merced al Almirante, porque la merece cierto, y V. S. me hará mucho placer en encaminarlo así; y pues está en manos de S. M. el hacérsela y se ofrecen cada día tantos medios para ello, presto se podrá cumplir con esta obligacion, y S. M. tratar despues de la provision deste cargo, en que no reparo, de mi

á sangre fria los soldados de V. M., me opuse á ello con tanto calor como si no fuera prisionero, con que cesó la carnicería, habiendonos muerto en esta ocasion 200, y con ellos y con los del rencuentro del día de antes murieron de nuestra parte 2.000, y de la del enemigo más de 6.500, y entre ellos 50 capitanes y muchas personas particulares, segun pareció por una lista que el Conde Mauricio me mostró de los que se habian enterrado, que pasaban de 8.500; y no faltando de nuestro ejército sino 2.000, todos los demás eran del suyo. Y esto se comprobó diciéndome Mos. de Domorville, coronel francés, en presencia de muchos y del mismo Conde Mauricio, que me consolase de la desgracia, porque si nosotros habíamos perdido las banderas, ellos habian perdido la gente.

»Entrado en Ostende, saqué dentro de tres días sobre mi palabra todos los criados del Archiduque y de otros señores y caballeros que no tenian sueldo en el ejército, y algunos capitanes y soldados que se habian concertado con sus patronos ó estaban heridos, y los envié á Brujas.

»Estuve en la prision de Holanda veintitres meses: diez en el castillo de Woerden, dos en Persin y onze en la Haya, con grande estrechura, muchos gastos é incomodidades (1). Busqué medios para sustentar todos los soldados prisioneros y otros vasallos de V. M., hasta que al cabo de algun tiempo, el Archiduque lo mandó proveer. Concerté el rescate de todos en menos de 5.000 Felipes, y el mio y de D. Fernando de Meneses, gobernador de Santo Tomé, y del maestro de campo Luis del Villar y de los demás prisioneros de las Indias y de las islas de Canaria y costas de España, por algunos prisioneros que

parte, ni entiendo lo haria el Almirante no siendo en esta sazón, porque él estaba ya determinado de irse á España, como S. M. lo habia mandado, y se iba aprestando para ello cuando se ofresció esta ocasion de esta campaña, en que hallándose aún aquí, podía mal dejar de seguirme.»

(1) Véanse en el Apéndice los documentos relativos al tiempo de su prision.

V. M. y el Archiduque tenían en sus reinos y Estados, conforme á la órden que para ello se me dió; y pudiendo salir el primero, los saqué á todos, que fueron 433 entre capitanes, oficiales y soldados, sin los que antes habian salido por mi negociacion, que eran otros 300, y quedé yo solo en la prision, donde estuve otros catorce meses despues de hecho el cange general, sólo por tratar de la paz.

»Y fuera de los peligros de la guerra, que destos no hago mencion por ser anexos á mis cargos, estuve algunas veces con mucho riesgo de la vida por la causa católica y por adelantar el servicio de V. M., y particularmente cuando la reformation de Wessel, que se conjuraron los calvinistas de matarme para vengarla antes de la prision de Holanda; y estando ya prisionero, cuando de nuestra parte ahorcaron en la Exclusa á Clawart, siendo de los comprendidos en el tratado; y cuando se dijo en Holanda y se tuvo por cierto que habian muerto al Príncipe de Orange de nuestra parte, con que me tuvieron muy apretado; y cuando los navíos de Dunquerque tomaron los de la pesquería, que se dixo en Holanda que habian cortado los piés y las manos á sus marineros y echádoslos á la mar; y cuando estando en la prision de la Haya adolecí de una grave enfermedad de calentura continúa y tabardillo, que me llegó á lo último de la vida, sin haberseme hecho ninguna cura ni otro beneficio, llegando á tan grande extremo, que con mucha dificultad entró un sacerdote extra-vestido á confesarme, trayendo el Santísimo Sacramento de la Eucaristía escondido en el pecho y la Extremauncion en la faltriquera, todo lo cual me dió con gran recato y peligro suyo y mio; y cuando los Estados me tomaron una carta, que si la leyeran no fuera posible salvar la vida, ni yo podia quejarme de que me la quitaran, viéndola, y quiso Dios que, teniéndola en su poder, me la volvieron entre otras sin leerla; y cuando los mismos Estados me tomaron dos despachos del Archiduque de 23 de Enero de 1602, tocantes á la paz, con que me pusieron en grande aprieto, hasta que me oyeron sobre el caso; y tambien

me amenazaron harto los Estados y estuvieron mal contentos cuando temieron que Ostende no se podía ya sustentar por Navidad de 1601, y con todo esto les propuse la paz y tuve el negocio en estado que, si fuera asistido con crédito y autoridad, y no estorbado como lo fuí, es sin duda que hubiera hecho algun servicio á V. M. de consideracion en esta parte.

»Y veinticinco dias despues de haber salido de la prision, me mandó el Archiduque ir á gobernar el ejército (1), sin dineros y sin municiones, y con tan poca gente, que no llegaba toda la que habia en el campo á 5.000 infantes; y en diez dias se juntaron 13.500 con ellos; y con 2.000 que el Archiduque envió de Ostende, y con los del Marqués Spinola, que vinieron de Italia en aquella sazón, y 2.500 caballos ligeros y cerca de 2.000 hombres de armas, con que esperé al enemigo en campaña en un puesto junto á Tilemont, que venia con más de 26.000 infantes y 6.400 caballos y mucha artillería, y 5.000 carros con grandes preparamentos de guerra y abundancia de municiones y víveres; y estorvé que no levantase ni saquease el país, como traia intencion de hacerlo, valiéndose de las inteligencias que tenia en él y en Francia (2).

(1) Sobre esta nueva y última campaña del Almirante, véanse sus cartas en el tomo 42 de la *Colec. de documentos inéditos*.

(2) Desgraciado estuvo el Almirante en la dirección de ésta su última campaña. Entre los cargos calumniosos dirigidos contra este caudillo, acaso (dice Novoa) no hay otro que realmente resulte cierto más que éste. Porque estando el ejército católico á una legua casi del rebelde, éste se retiró sin atreverse á atacar á aquél, y fué á sitiar á Grave. Unos de los cabos nuestros decían, y decían bien, que se debía seguir al enemigo y irle picando la retaguardia. Opinaban otros, entre ellos el Almirante, que no; y en estas dudas y vacilaciones, se perdió la ocasión oportuna: el enemigo apretó la plaza y se atrincheró fuertemente, y cuando al fin el Almirante se decidió á socorrerla, ya fué del todo imposible.

A fines de 1602 fué llamado el Almirante á España, «no sin sospecha (añade Novoa) que se habian de residenciar sus acciones: tanto riesgo corren los progresos de la milicia en capitanes, que,

»Y en 2 de Setiembre del año pasado de 1602 deshice por mi persona el motin de Hamont con las armas, que ha sucedido pocas veces en los Estados baxos. Y las cosas de la hacienda de V. M. y de SS. AA. y del ejército y del país, las he tratado siempre con tanta puntualidad y limpieza, que en una ocasion tan grande como ésta, y en que han buscado con tanto cuidado mis émulos con que macular mi honra, no han podido tropezar conmigo en un escudo, porque ni yo me he embarazado en esto, ni he tenido plazas embarazadas con mis criados, como otros muchos lo han hecho.

»Y siendo estos servicios tantos, tan calificados y de tanta consideracion; tan costosos para mi hacienda, tan trabajosos para mi persona, tan peligrosos para mi vida y tan achacosos para mi reputacion; y habiendo sido tan útiles para el servicio de V. M. y de sus hermanos y para la conservacion de los Estados baxos y del ejército de V. M. que sirve en ellos, aunque hasta agora yo no he hecho ostentacion desto, atendiendo solamente al servicio de V. M. y de SS. AA. para servirlos como debia y sustentar aquellos Estados contra todos los que procuraron, durante la ausencia del Archiduque, rebelar las Provincias obedientes y hambrear el ejército, llegadas mis cosas al término en que se hallan, no he podido excusarme, por la indemnidad de mi reputacion, de representarlos á V. M. en esta ocasion, asegurando á V. M. que sucedieran gran-

aunque hayan hecho el deber, es razon de Estado que de lo que no erraron tengan la culpa, porque se salve la reputacion ó descuido del Príncipe..... si bien de la pérdida de Grave no sé cómo le podamos disculpar.»—Refiere también Coloma que, al despedirse el Cardenal Andrea del Archiduque, le habló bien de las cabezas del ejército; «mas en el Almirante no habló con mucho gusto, instigado (á lo que se sospechó) de algunos apasionados: que fácilmente tienen entrada con los Príncipes de apacible y cándida condicion semejantes officios. Tambien se tuvo por efeto de ciertas informaciones secretas: que como la sombra sigue al cuerpo, siguen de ordinario los émulos á los que en el mundo resplandecen sobre los demás. ¡Guay de quien está sin ellos en esta vida!»

des desastres si yo no hubiera servido con la entereza, cuidado y perseverancia que lo he hecho, echando el pecho al agua y resolviéndome á posponer (por servicio de Dios y de V. M. y de sus hermanos y por el bien público) todas las dificultades en que me hallé embarcado diversas veces, y particularmente el dia que el Archiduque me encargó el gobierno de las armas y me faltó lo necesario para el sustento del ejército pasado el Rhyn, en la bruma del invierno, con tiempo tan riguroso, que los amigos y enemigos me tuvieron por perdido, dudando que yo hallaria expediente para sustentarme, siendo tan dificultoso esto y el poder resistir á los enemigos y á los protestantes y á los neutrales y á los mismos amigos que tenian obligacion de ayudarme y me embarazaron tanto como los otros ó más con la guerra intestina que me hacian dentro de casa, quitándome las provisiones y desautorizándome cuanto podian. Todo lo cual se previno á costa de mucho trabajo y de mucha reputacion mia; y de lo que entonces y despues he padecido por ello, lo tengo por bien empleado, habiendo cumplido con mi obligacion de servir á V. M. á todo riesgo y excusar tan grandes daños de toda la Christianidad, como sucedieran si yo no lo hubiera reparado con excesivos trabajos. Y siendo esto así, justo es que V. M. se sirva de perdonar lo que me he detenido en referirlo, pues mis émulos me han forzado á ello, quedando yo con muy segura esperanza de que V. M., por su grandeza y clemencia, me hará la merced que todo el mundo juzga que puedo pretender por mis servicios y trabajos para restaurar las pérdidas y gastos de mi hacienda, y lo que más es, la nota que en los ojos de todo el mundo se ha puesto en mi persona, descomponiéndome y apartándome del servicio de V. M. y de su Real acatamiento, que ha sido la mayor jactura de todas en España y fuera della, donde se saben las obligaciones de mi nacimiento y los cargos que tenia y los negocios en que estaba introducido, que no se puede tener otra suelda sino la demostracion y remuneracion que espero de la largueza, rectitud y clemencia de

V. M., de que me aseguran esto y mis propios servicios, y la intencion, limpieza y cuidado con que me he empleado en ellos, y la quietud y seguridad de mi conciencia en todo lo que me oponen mis émulos y el haber nacido vasallo y criado de V. M., con el deseo que heredé de mis padres de gastar la hacienda y emplear y acabar la vida continuando el servicio de V. M. y siguiendo los exemplos y pisadas de mis pasados. Nuestro Señor la S. C. Real persona de V. M. guarde y ensalce como los vasallos y criados de V. M. lo deseamos y la christiandad lo há menester.—De Guadalajara á 7 de Octubre de 1603.»

Dejó el Almirante en Flandes justa reputación de honrado caballero, de bizarro militar y de hábil diplomático. Todos nuestros antiguos historiadores de aquellos países que le conocieron y trataron, le mencionan siempre con respeto y consideración. Cierto es que como caudillo dista mucho de los famosísimos que le precedieron, el Duque de Alba, D. Juan de Austria, Alejandro Farnesio y el Conde de Fuentes, y aun del que le sucedió en el mando de aquellos ejércitos, el Marqués Ambrosio Spínola; pero aun así no pueden menos de elogiarse en él dotes tan estimadas como el celo, la actividad, el valor y no escasa pericia militar. Su probidad en el manejo de tantos caudales quedó intachable. Demostró en todas ocasiones sumo interés y solícitos cuidados, así por los oficiales como por los soldados. Recomendando una vez al capitán Francisco de Olmedo, que llevaba veintiocho años sirviendo á S. M. en Flandes, proponía se recompensasen espléndidamente sus servicios «para que otros se animen á servir, y con esta esperanza pasen mejor el grande rigor de los trabajos de la guerra y se ofrezcan de mejor gana á los peligros continuos con que se anda en ella.»

Sólo algunos jóvenes nobles de los que iban á hacer sus primeras armas en aquellos países y alguna parte de «aquella bizarrísima, pero desordenada milicia española» que allí guerreamos, burlábanse á veces de las prácticas religiosas del Almirante. Cuando el célebre Duque de Osuna, Don

Pedro Girón, fué por vez primera á Flandes, sirvió á las órdenes de D. Francisco, de cuyo carácter, á la vez rígido y místico, no quedó muy prendado. Habiendo salido herido en el desgraciado socorro de Grave, decía el Duque, con su natural desenfado y gracejo, que «prefería más servir á un Capitan que comiese demonios, que no á un General que vagnaba santos (1).» Y como entre la soldadesca se decía que el Almirante era más propio para Obispo que para militar, estas palabras de Osuna tuvieron entre ella gran eco. Muchos le denominaban el *Gran Capitán del Rosario*, por sus continuas devociones, ya rezando dos veces al día el Rosario, ya oyendo diariamente misa, ya llevando sobre su cuerpo considerable número de reliquias de santos, y en el pomo de su espada un pequeño fragmento de la Santa Cruz.

VI

Más que sus últimos desaciertos militares, contribuyeron poderosamente á precipitar la salida de Flandes del Almirante de Aragón dos causas principales: la una, las

(1) Greg. Leti, *Vita di D. Pietro Giron, duca d' Ossuna*: Amsterdamo, 1699.—Sabido es que este escritor tiene escaso crédito histórico, gustando más de contar anécdotas y hablillas que de atenerse á la verdad de los hechos. Refiere también el mismo Leti que cuando Osuna se vió en la acción en que fué herido, apretado por el enemigo, habiéndole dicho el Almirante: «Tome V. S. mi espada, con madera de la Santa Cruz,» le respondió el Duque: «Más quiero mi espada de acero, que la suya de madera.» Marchando otra vez el Duque á las órdenes del Almirante, con intento de atacar á Mauricio de Orange, dijo el Duque de Arisshot, que iba al lado de Osuna: «Pareceme que caminamos muy despacio para sorprender al enemigo.» Respondió D. Pedro Girón: «¿Cómo quiere v. md. que el caballo del Almirante camine, si lleva á costas tanta carga de santos?» Y cuando le animaban para que siguiese militando bajo el mando del Almirante, decía: «No sirvo para franciscano.»